

JOSÉ TERUEL y SANTIAGO LÓPEZ-RÍOS (eds.): *El valor de las cartas en el tiempo. Sobre epistolarios inéditos en la cultura española desde 1936*. Madrid: Iberoamericana Vervuert, 2023, 388 páginas. ISBN: 978-84-9192-366-4.

Por fortuna, la tarea filológica en las últimas décadas ha desbrozado un camino difícil cuando no oculto, por mor de su intimidad intrínseca, de su privacidad natural, constituido por los epistolarios y correspondencias de escritores. Las reservas, tanto de filólogos, como de herederos o de los protagonistas de esa escritura epistolar, no han desaparecido del todo, pero en pleno siglo XXI ya nadie duda cabalmente de los beneficios que las cartas de escritores reveladas, rescatadas y debidamente estudiadas y contextualizadas han regalado a la historia interna de la literatura<sup>1</sup>, especialmente de la literatura contemporánea, pues es en este periodo cuando la carta privada –a la que habrá que añadir en nuestra contemporaneidad estricta las nuevas formas y canales de comunicación epistolar– ha adquirido su significado pleno. Por todo ello, podemos encontrar-nos en nuestros días con títulos rotundos e inequívocos como el que nos convoca en esta reseña: *El valor de las cartas en el tiempo*, con independencia de que en este caso los epistolarios inéditos atendidos se circunscriban a un «tiempo» concreto de la cultura española. Es decir, ya desde el título de esta espléndida reunión de estudios, se vocean conclusiones ejemplares: el valor de las cartas y su significado en la cultura, al ser los corresponsales escritores o intelectuales protagonistas privilegiados de dicho tiempo. Justamente la madurez en cantidad y calidad de los abordajes a epistolarios contemporáneos, la proliferación de trabajos críticos sobre la correspondencia epistolar, las tesis doctorales defendidas (que definitivamente dan carta de naturaleza académica, por si aún hubiera dudas, al estudio teórico y a la edición de epistolarios), o los proyectos de investigación desarrollados, como el que han sostenido los editores y colaboradores de este volumen (cuyo IP ha sido José Teruel, *Epistolarios inéditos de la cultura española desde 1936*), constituyen una base sólida en el siglo XXI para otear y enfrentar nuevos retos concernientes a los epistolarios. En concreto, nuestro volumen aborda lo que con razón

---

<sup>1</sup> Adviértase la llamada de atención de los editores sobre la importancia impagable que las cartas han adquirido en la construcción de biografías de escritores contemporáneos (pág. 13).

llaman una «cuestión más acuciante»: «el rumbo incierto de tantos epistolarios de la cultura española tras la Guerra Civil». Es acertado destacar el corte, el tajo monstruoso y doliente que la guerra supuso, aunque no debe olvidarse el imprescindible principio de «ruptura y continuidad» en nuestro siglo XX, que afecta a la peripecia vital y creativa de muchos de los corresponsales estudiados en el volumen. Ello no empece que sea absolutamente lícito, como criterio investigador, focalizar la atención en ese rumbo incierto de los archivos epistolares en la posguerra, dados los múltiples peligros y contingencias que asedian su preservación, su unidad o su mera conservación. Además, la proximidad a nuestro tiempo de los epistolarios estudiados implica el enfrentamiento con otra cuestión no menos delicada y difícil, como es el derecho a la intimidad. La reflexión de rango epistemológico que los editores ofrecen al respecto creo que es muy pertinente e ilumina el camino a seguir en este terreno tan delicado, especialmente en el caso de la edición de epistolarios de autores ya desaparecidos (pág. 11). Ningún editor responsable de epistolarios puede ignorar el adarme o abundancia de combustible chismográfico que para los zoilos de turno tienen las cartas privadas; y, en efecto, nuestros editores reconocen y ponderan las sonadas razones que esgrimió, entre otros, Javier Marías en torno a los plumillas de turno y los lectores chismosos al conocer las cartas privadas de escritores. Marías, en fin de cuentas, reaccionaba con contundencia al auge de la edición de epistolarios desde finales del siglo XX. Sin embargo, nuestros editores defienden la actitud noble de tantos investigadores que, en las últimas décadas, han estudiado cartas creyendo a pie juntillas lo que Mainer proclamara en el fértil cauce del Proyecto *Epístola*, que «La historia literaria no puede ser una forma dignificada del cotilleo» (pág. 15). Como dejan claro los epistolarios inéditos abordados en este volumen, las cartas de los grandes autores son parte innegable de su escritura, de lo que conocemos como «la escritura del yo», en la que la carta privada es un material digno de estudio y rescate tanto como «texto literario en sí» mismo, en muchos casos, cuanto como «fundamento de la documentación histórica», de ese, en palabras de Martín Gaité –autora esencial en la construcción de este volumen–, «rompecabezas de la historia».

En nuestro volumen se reúne una interesante miscelánea de abordajes sobre ese objeto de estudio común: los epistolarios inéditos de escritores desde 1936, abordajes que evidencian el carácter heteróclito, la

multiplicidad de enfoques y presencias que las cartas encierran. Los editores destacan con razón dos valores notables de esta recopilación: el diálogo que los diferentes capítulos entablan entre sí, dado el cañamazo idéntico sobre el que se tejen las cartas estudiadas; y, asimismo, el diálogo epistolar entre el exilio y el interior, que resulta una piedra de toque significativa de ese rasgo distintivo antes citado: la simbiosis de ruptura y continuidad en la cultura del periodo abordado.

El volumen comienza con un atractivo y confortador rescate de la correspondencia entre López-Baralt y Jorge Guillén, muy valioso por recuperar sin tapujos la intimidad reconfortante de la relación citada y proclamar, ya desde el título del capítulo, un rasgo distintivo de la personalidad de don Jorge, su «alegría en voz alta», su «fe de vida», declarada en los sucesivos *Cánticos* del poeta. Seguidamente encontramos un capítulo dedicado al epistolario inglés de Panero, en el que Javier Huerta reivindica con razón la figura del gran poeta, preterido, cuando no olvidado por mor de un ajuste de cuentas histórico acoquejado y deudor de lugares comunes; este capítulo se ocupa en concreto del epistolario inglés, fruto del periodo que el astorgano pasó en el Londres de la posguerra española, demostrando el valor indiscutible que las cartas tienen para iluminar la figura del poeta. Otro capítulo esencial es el dedicado por José Antonio Llera a la correspondencia inédita de Dámaso Alonso, figura eximia del llamado exilio interior. La presencia y peso de la figura de Dámaso hace especialmente ejemplar su voz en la posguerra, y su voz íntima en las cartas personales no hace sino corroborar el talante noble de Dámaso, esforzado en sostener esa continuidad cultural que el franquismo más dogmático no soportaba. La voz epistolar de Dámaso, como las voces de otros amigos del interior, es un testimonio impagable de la relación personal e intelectual con el exilio, prueba de una verdadera continuidad cultural frente a la atroz ruptura que supuso la guerra y el franquismo.

También encontramos un ejemplo bizarro y metodológicamente diferente en el conjunto del libro, como es el capítulo dedicado al análisis e interpretación de una carta inédita (con dos versiones) de Martínez Sierra a sus hijos, fechada el 12 de julio de 1938. Checa Puerta y Gómez García valoran con tino la naturaleza de ‘confesión’ de esta carta íntima, desbrozando el contexto y la situación histórica del polémico personaje, que ha vuelto a estar en candelero a raíz del afortunado rescate, en estos

últimos años, de la que fuera su mujer y víctima literaria María Lejárraga. Seguidamente en el volumen encontramos dos capítulos dedicados a uno de los autores que, junto a Martín Gaité, protagonizan en cierto modo, al menos cuantitativamente, el conjunto: Guillermo de Torre. El primero lo firma Ródenas de Moya que se ocupa del epistolario del exilio, lo que significa, en realidad, ocuparse de la parte suculenta del conjunto epistolar del gran autor madrileño del Veintisiete. El asedio de Ródenas, quien nos ha regalado en los últimos años espléndidos libros sobre de Torre, solo hace asomarse a un amplio material que, como el crítico afirma, ayudará sin duda a «definir mejor las dinámicas internas del exilio intelectual, del diálogo dificultoso con la disidencia interior... y del mismo sistema cultural de la dictadura» (pág. 150). En el capítulo de Fernández Menéndez se aborda el análisis de tres cartas de la gran poeta vasca Ángela Figuera Aymerich a de Torre, fechadas a finales de los años cincuenta y primeros años sesenta, que evidencian el interés de la autora por el criterio crítico de de Torre, voz representativa del exilio, y su lucha por reivindicarse como voz femenina en un mundo literario dominado por los hombres.

En el siguiente capítulo, firmado por Carmen de la Guardia, se estudia la correspondencia entre la gran Consuelo Berges y Eloína Ruiz Malasechevarría, centrando la mirada, como explicita el título, «Las metamorfosis de Eloína», en la figura de la compleja luchadora y abogada feminista, conocida como Eloína/Justina Ruiz, y reflexionando, como señala la autora y con una clara perspectiva de «género», en las «fracturas identitarias ocasionadas por las duras condiciones políticas y sociales del siglo XX» (pág. 171).

Ya en el centro del volumen nos encontramos con un capítulo dedicado a las cartas de Francisco Ayala a Eduardo Mallea y Francisco Romero y algunas respuestas de Romero a Ayala, cartas que nos remontan al primer periodo del exilio del granadino en Buenos Aires. Ximena Venturini explota con acierto el valor documental que las cartas tienen en la reconstrucción de la vida del gran escritor español en la primera década de su exilio, donde se relacionó benéficamente con el Grupo Sur y la intelectualidad argentina de la época. Elena Sánchez de Madariaga se ocupa, en el capítulo siguiente, de «El catalán errante», Néstor Almendros, principalmente en su exilio trasatlántico, donde compartió vida con otros exiliados docentes en prestigiosos centros del este de Estados

Unidos, como el bien conocido Middlebury College, de la mano de un ramillete de cartas a Pilar de Madariaga.

Arantxa Fuentes realiza un original y acotado abordaje al inmenso epistolario celiano, pues se centra en la correspondencia de Cela con poetas, en concreto, con Bousoño, José Agustín Goytisolo y Concha Lagos, en torno a la gran empresa cultural que supuso en la posguerra *Papeles de Son Armadans*. La autora se enfrenta a un archivo difícilmente abaricable, el de Cela, del que su poseedor tenía una clarísima conciencia, preocupado como estaba por el porvenir de su legado literario. Estas cartas tienen el valor –en medio de una inmensidad documental a la sombra gigantesca del gallego– de arrojar luz sobre una empresa literaria esencial y de gran peso en la España de posguerra, demostrando el valor que la poesía tenía para el autor de *Pisando la dudosa luz del día*.

Santiago López-Ríos, editor del volumen junto a José Teruel, se ocupa del epistolario de Américo Castro y Miguel Delibes, un manojo pequeño de cartas, veintiséis, de ambos corresponsales, fechadas entre 1967 y 1971, que, pese a su magro volumen, tienen una importancia innegable, pues, como señala López-Ríos, más allá del curioso interés que demuestra Américo Castro por la obra de Delibes al final de su vida, estas cartas permiten rastrear la huella de la historiografía y las ideas del gran discípulo de Menéndez Pidal en el vallisoletano, huella que culminará mucho después, tras una sostenida presencia durante años, en *El hereje*, última novela de Delibes, de ahí el título del capítulo. El espléndido análisis de López-Ríos devana con precisión las huellas de Américo Castro en Delibes con la mediación decisiva de su amigo, y también admirador de Castro, Jiménez Lozano; así como el peso y eficacia que en esas huellas desempeñó el epistolario entre ambos.

Por su parte, José Teruel, también editor del volumen e IP del proyecto de investigación mencionado, se ocupa en su capítulo de otro de los hitos centrales de los «epistolarios inéditos en la cultura española desde 1936», el que representa Carmen Martín Gaité, autora que muestra en su obra literaria una palmaria atracción por la carta misiva, pues el epistolar era su «vicio predilecto», como recuerda Teruel (pág. 296). Este ya editó en 2019, en el seno del proyecto de investigación citado, como tomo séptimo de las obras completas de la genial escritora salmantina, un volumen con todo el epistolario que pudo rescatar hasta ese momento.

Ya el título de este capítulo «Carmen Martín Gaité en sus cartas» declara alguna de las convicciones y ejes maestros del volumen que comentamos y de la investigación que lo sustenta en el ya citado proyecto: el valor de las cartas, su asunción como modalidad literaria. Además, Teruel se enfrenta al ya citado problema acuciante de la contingencia de muchos de estos archivos, a los expurgos de los autores o de los herederos, a los problemas que la fijación del corpus epistolar plantea, a la consciencia epistolar del autor, determinante en este caso; y, claro está, concluye declarando el enorme valor de las cartas, en casos como el de Martín Gaité, como género autobiográfico, ya que «demuestran lo que una vez nos importó» (pág. 315). María Vitoria Calvi complementa el capítulo de Teruel ocupándose de un aspecto específico de ese amplio mundo epistolar de la escritora: la relación de Martín Gaité con la revista *El interlocutor exprés. Revista de correspondencia literaria*, curioso y especial proyecto epistolar (no por tratarse solo de cartas en concreto, sino por la estructura, materialidad y contenidos del proyecto) entre un ramillete de escritores en el primer lustro de los años noventa del pasado siglo. Calvi describe las características singulares de *El interlocutor* y, con más pormenor, la aportación de Martín Gaité a esta aventura privada, creativa y casera, aportación que consiste justamente en la escritura de cartas que dialogan y se van publicando manuscritas en diversos números, cartas que Calvi analiza y valora como «una forma insustituible de presencia».

En el penúltimo capítulo, Gómez Toré se ocupa del significativo «diálogo» entre Ullán y María Zambrano, iniciado a finales de los años sesenta del pasado siglo, por mediación de Valente, y ya consolidado a finales de la década siguiente, diálogo en el que el escaso epistolario conservado tiene sumo interés.

En el último capítulo del volumen, Díaz Ventas analiza la relación, que devendrá en una amistad sólida y sostenida desde que se conocen a finales de la dictadura y hasta la muerte de Blanco Aguinaga, entre Chirbes y su maestro. Este análisis, sustentado en las cartas inéditas, revela las huellas del maestro en el gran novelista, estudiando los «ejes temáticos que dominaron sus intercambios epistolares» (pág. 363), intercambios en los que figuran también correos electrónicos. Díaz concluye, tras un inteligente rastreo de esas huellas de Blanco Aguinaga en el crecimiento como narrador de Chirbes, que «la fraternidad entre ambos se sustenta en una poética compartida», así como en el acuerdo que ambos

mostraron en sus posiciones «contrahegemónicas» frente al panorama dominante.

Cabe, pues, concluir que esta excelente reunión de estudios defiende con coherencia su carácter monográfico y lo hace con verdadera calidad de epítome respecto de lo que se propone en el título conjunto del volumen. Es, en fin, una aportación clave para convencernos del valor que debemos otorgar a la escritura autobiográfica, particularmente la epistolar, para la comprensión y compleción cabal de nuestra historia cultural contemporánea.

José Luis BERNAL SALGADO  
*Universidad de Extremadura*  
jlbernal@unex.es

<https://orcid.org/0000-0002-4135-4206>